

Filosofía y ciencias de la opinión

La «Metafísica» de Aristóteles —tal como la conocemos hoy día— comienza diciendo que «todos los hombres tienen por naturaleza el deseo de conocer». Ésa actitud natural, es la manifestación del deseo del hombre de ver y conocer las cosas tal como son en sí mismas, «el fuego como fuego y no como mero símbolo de la grandeza divina».¹

El hombre da rienda suelta a esta tendencia natural al conocer e investigar «no por el placer de discurrir de idea en idea, sino más bien para concluir, es decir, para hacernos evidentes alguna verdad en la cual nos detenemos».² Así, se afirma que el conocimiento verdadero, no es patrimonio exclusivo del hombre filósofo o científico, sino que todo hombre ordena su inteligencia para alcanzar ese objetivo, generando así el conocimiento o saber vulgar,³ la *tá endóxa* de los griegos.

Este saber vulgar es el origen de aquello que desde antiguo se denominó sabiduría; ésta no significó siempre algo sublime e inaccesible. Sabio era el entendido en algo, por ejemplo, sabio se llamaba al buen zapatero porque lo que es capaz de producir, se acerca al modelo perfecto. En esta primera acepción, sabio es alguien que es distinguido entre la gente por los resultados de su conocimiento y habilidad en un orden determinado.

Pero desde la más remota tradición, sabiduría significó también un tipo de saber especial: un saber acerca del universo, de la vida pública y privada; un saber eminente que confiere a quien lo posee autoridad para conducir y gobernar.⁴

1. SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma contra gentiles*, II, 4.

2. MARITAIN, Jacques: *El orden de los conceptos*, p. 14.

3. KELLY, G. A.: *The psychology of personal constructs*, citado por NUTTIN, J. *La motivación*, p. 116.

4. SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma contra gentiles*, I, 1; *In Metaph.* Proemio.

En ambos casos nos estamos refiriendo a ese saber que constituye «lo cotidiano», «lo generalmente admitido» es aquello en donde Aristóteles dice que hay que ir a buscar el nombre de las cosas⁵ y ello no está demasiado lejos de nuestro «vox populi, voz Dei».

El conocimiento vulgar o *endóxa* no puede ser presupuesta como naturalmente falsa pues producto de la comunidad. Seremos más explícitos en la aseveración. La *endóxa* es producto de la inteligencia —facultad de lo verdadero— que por su naturaleza se conduce con una adecuación con lo real; no puede generar, entonces, un conocimiento equívoco, al menos considerando a la mayoría de los hombres y para la mayoría de las cosas. De otra manera la verdad sería accidental para la inteligencia y lo que constituye el término formal de nuestra facultad, su cualidad esencial, se transforma en accidente.⁶ Por otra parte, la contingencia de la *endóxa* no es sinónimo de inconsistencia: una «verdad de opinión» no es refutada por una «verdad de certeza», sino por otra «verdad de opinión» capaz de encerrar mayor comprensión respecto de la realidad de la cual se habla.

Quien se ocupará de esta *tá endóxa* será la dialéctica aristotélica; más precisamente, el estudio de la dialéctica engendrará en nuestro espíritu el conocimiento opinable.

Esta dialéctica es llamada por los griegos «arte supremo», «arte director» o, como dirá Sócrates, «arte real.⁷ Platón insistirá también sobre esta función arquitectónica y sinóptica de la dialéctica.⁸

El uso que tanto Sócrates como Platón hacen de la palabra, lejos de ser ingenuo, remite de manera alusiva a una idea de totalidad o dominio que se halla asociada a la idea de diálogo.⁹

Aristóteles la define como «el método gracias al cual podemos razonar sobre cualquier problema partiendo de enunciados probables o posibles (*éndoxon*)».¹⁰ Como hemos expresado más arriba, la contingencia o probabilidad no es por sí misma peyorativa ni arbitraria, «los enunciados probables o contingentes son los que corresponden a la opinión de todos los hombres, o de la mayor parte de ellos, o de los sabios y, entre éstos, ya de todos ya de la mayoría o —por último— de los más notables y prestigiosos».¹¹

5. ARISTÓTELES: *Tópicos*, II, 1.

6. REGIS, O. P., L-M.: *L'opinion selon Aristote*, p. 139.

7. PLATÓN: *Eutidemo*, 291 b-c. En efecto, el rey es quien, «según los versos de Esquilo / *Los siete contra Tebas* 2-3 / está sentado solo al gobernar el estado, rigiéndolo todo, mandando en todo y haciéndolo todo provechoso».

8. El dialéctico es quien dirige su mirada a la unidad (*Fedro* 266 b), el que se eleva hasta el principio (*República* VII 533 c-d) y, desde allí, divisa la totalidad (*República* 537 c).

9. AUBENQUE, Pierre: *El problema del ser en Aristóteles*, p. 245.

10. ARISTÓTELES: *Tópicos*, I, 1, 100 a 18; REGIS O.P., L-M, *op. cit.*, pp. 83-86.

11. ARISTÓTELES: *Tópicos*, I, 1, 100 b 21.

Esta definición de la *endóxa* permite acceder a la universalidad del enunciado dialéctico: universal por su materia y por su modo de establecerse. El enunciado dialéctico es reconocido por todos y las restricciones que Aristóteles —siguiendo esa afirmación— no hacen sino confirmar indirectamente el carácter universal del «consentimiento» dialéctico: pues los sabios son invocados aquí, tan sólo como aquellos ante cuya autoridad —de común acuerdo— se inclinan los hombres de la comunidad.

Es de notar, que entre los sabios, resultan privilegiados no aquellos que conocen más cosas, sino los más conocidos; por último, jugando con el doble sentido que posee el término *éndoxxos*, Aristóteles define los enunciados contingentes o probables como los aprobados por aquellos sabios más probados.

Aristóteles pues, cuando invoca la autoridad de los sabios para definir la contingencia o probabilidad de los enunciados dialécticos, no está pensando en un carácter intrínseco de la sabiduría sino que, el valor de un sabio está dado en la medida que expresa la sabiduría de la comunidad.¹²

Es en el diálogo¹³ en donde surge la verdad de la *endóxa* y está dada por la aceptación del interlocutor; es éste quien reconoce en el discurso lo verdadero y de allí surge la cantidad que se concentra en torno a quien profiere esa verdad.¹⁴ Podemos decir, entonces, que existen dos causas que concurren para tornar un enunciado como susceptible de causar per se un conocimiento opinable: a) la competencia de quien lo enuncia; b) la infalibilidad relativa del sentido común.¹⁵

Se nos hace necesario aclarar que, la *endóxa*, no es resultado de un cálculo estadístico ni tiene mucho que ver con lo que los periodistas denominan «opinión popular». La *endóxa* «se genera en la conciencia común, allí se reúnen y conjugan los datos acerca de la generalidad de las cosas»,¹⁶ pero toda multitud, para estar comprendida en el ser, necesita alguna forma de participación en la unidad. Enseña Santo Tomás de Aquino que en «toda multitud, mejor impone el orden uno que muchos, ya que uno es de suyo causa de la unidad».¹⁷

12. Siguiendo las enseñanzas aristotélicas (*Política* I, 1, 1253 a 3), Fray Marmerto EsQUIU O. F. M. afirmaba que el hombre es naturalmente político, a tal punto que el pertenecer a una comunidad «es una ley indestructible» y tal «politicidad» es la condición de la vida intelectual y moral del hombre. C. f.: CATURELLI, Alberto: *Fray M. Esquiú en Mikael IV* (1976) 11, p. 79-88.

13. Nuestro término «diálogo» proviene del griego «*dia-légesthai*» y que se traduce al latín por «inter loqui» lo que implica el hablar entre dos personas.

14. BERTI: *La dialettica in Aristotele*, p. 40 ss.

15. BERTI: *op. cit.*, pp. 46-47.

16. MARTÍNEZ, A.: *Tópica, dialéctica y política*, p. 11.

17. SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma Teológica*, I, q. 11 a. 3. C.f.: GENTA, Bruno: *Principios de la política*.

Por lo tanto, la *endóxa* no es producto de algo inorgánico, de una masa acéfala, sino que por el contrario, son el pensar y el sentir de los hombres en comunión, en comunidad nacional y por ello, la opinión de la comunidad se expresará en el discurso político de la autoridad de esa comunidad nacional, bajo la forma de doctrina.

El olvido de tales verdades ha hecho posible que los intelectuales se hayan distanciado en los últimos tiempos, de la realidad de la vida de las comunidades y, ello significó que, el cultivo que la filosofía realizaba de las grandes verdades se haya abandonado, en tanto que se transforma a este saber en un virtuosismo técnico que opaca la visión de toda realidad humana.

La inteligencia de un país —y especialmente aquella parte que en el decir de Platón, vive en la filosofía— jamás puede estar divorciada de la sensibilidad popular, es decir, de su propia sensibilidad que les permite apropiarse de un realismo que abre un conocimiento de todos y cada uno de los elementos constitutivos de la comunidad que les es propia. «Las masas populares en todas partes están necesariamente distanciadas de los pensadores, porque sería ridículo pretender que un chófer o un cocinero estén al tanto del último artículo de filosofía. Ello es cierto, pero no lo es la proposición contraria. Es decir, que los verdaderos pensadores y dirigentes políticos jamás pueden alejarse de los sectores de opinión reales en el país en que viven».¹⁸

La formulación doctrinal que realiza la autoridad de la comunidad, es la realidad inmediata y objetiva con la que entra en contacto el filósofo y es, a partir de ella —a la luz del esfuerzo del entendimiento humano— que es posible penetrar en las verdades básicas, elaborar las categorías que las expresen y, posteriormente, incorporarlas al discurso filosófico.

Pensar es dialogar con la circunstancia, decía José Ortega y Gasset, y por lo tanto, la realidad integral de un discurso filosófico sólo aparece cuando las ideas que lo componen están encarnadas en la vida de las comunidades.¹⁹

En ese sentido, la autoridad del sabio como la del filósofo, no está dada por las cosas que conoce; tal como dice nuestro poeta José Hernández: «Más digo sin ser muy ducho/que mejor que aprender mucho/es aprender cosas buenas».²⁰ De esta manera, el saber del filósofo es un saber acerca del saber de la comunidad, por ello será conocido y reconocido. Volviendo a citar al poeta, encontramos que «no pinta quien tiene ganas/sino quien sabe pintar».

Frente a la *endóxa* podemos exclamar como Heráclito «¡Acercaos!

18. DOLL, Ramón: *Acerca de una política nacional* en *Obras Completas*, pp. 89-92.

19. ORTEGA Y GASSET, José: *Ideas para una historia de la filosofía*, pp. 94-98.

20. HERNÁNDEZ, José: *Martín Fierro*.

¡Aquí también hay dioses!», pues constituye el núcleo central del patrimonio cultural de una comunidad nacional que, en la realización de su destino universal, vierte ese patrimonio a la humanidad.

ALFREDO MASON
Universidad Nacional de La Pampa
República Argentina